

José de Arpe y Ramón Deltell

"MI NIÑO"

BOCETO EPISÓDICO-HISTÓRICO

EN UN ACTO Y TRES CUADROS,

EN VERSO Y PROSA, ORIGINAL.

Música del maestro

TEODORO SAN JOSE

Fotografía de Compañy

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel
1902

"MI NIÑO,,

«MI NIÑO»

BOCETO EPISÓDICO-LIRICO

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

C. José de Arpe y Ramón Deltell

música del maestro

TEODORO SAN JOSÉ

Estrenado con aplauso en el TEATRO ELDORADO la noche del 14 de Agosto de 1902



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1902

DEDICATORIA

Al público que asistió al estreno, en prueba de gratitud por su benevolencia y en señal de respeto por su cultura.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
«MI NIÑO» bandido, 18 años...	SRTA.	LÓPEZ MARTÍNEZ.
CAROLINA, condesa, 18 ídem..		JULIA FONS.
DUQUESA, señora, 50 ídem....	SRA.	CÁRCAMO.
ALDEANA 1.ª................	SRTA.	FRAIZ.
IDEM 2.ª....................		MILLANES.
GUILLERMO, campesino, 50 íd.	SR.	PINEDO.
FERNANDO, marqués, 45 ídem.		RODRÍGUEZ.
GERVASIO, criado, 50 ídem....		ONTIVEROS.
ESTEBANILLO, bandido, 25 íd.		CURONISY.
CAPITÁN DUPONT, 30 ídem..		NADAL.
BANDIDO 1.º................		OTÓN.
IDEM 2.º.		MONTEAGUDO.

Nobles y aldeanos de ambos sexos, oficiales y soldados franceses, soldados españoles, seis bandidos y coro de cazadores

La acción en Bailén, año 1808

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta, en el fondo de un bosque. A la izquierda, en segundo término, una choza con dos puertas Frente á la choza una mesa y bancos á su alrededor. Es el amanecer.

ESCENA PRIMERA

ESTEBANILLO y BANDIDOS, después GUILLERMO. *Algunos bandidos aparecen acostados al pie de los árboles; otros sentados alrededor de la mesa, también en actitud soñolienta. Un centinela pasea por el fondo. Al alzarse el telón, se oye dentro el coro de cazadores. El que vigila se detiene, presta atención un momento y acercándose á Estebanillo, que estará junto á la mesa, le despierta y por señas le indica que alguien se aproxima. Estebanillo se levanta, se dirige al segundo término derecha y después de escuchar, llama á su gente, que se incorpora mirando en la dirección en que se oye el coro*

Música

CAZ. (*Dentro.*)
¡Alerta, cazadores!
Las trompas suenan ya;
el rastro de la fiera
sigamos con afán.
¡Escuchad, escuchad!
Dejando su guarida
al bosque se lanzó,
y al verse acorralada

ya ruge con furor.
¡Atención, atención!
Veloz la jauría
cercó al jabalí,
sigamos sus huellas
que nuestro es al fin.

EST. (Después de escuchar y dirigiéndose á los bandidos.)
¡Arriba, muchachos,
que hay gente en el bosque!

BAN. Serán del castillo
tal vez cazadores.

EST. Prudencia, es preciso;
silencio guardad
y pronto á la choza
las armas llevad.

(Se acerca á la puerta primera de la choza y llama á á Guillermo, mientras parte de la gente recoge las carabinas, entra con ellas en la cabaña, segunda puerta, y vuelve á salir á los pocos momentos)

¡Guillermo, Guillermo!

GUIL. (Saliendo.)
¿Qué ocurre?

EST. Muy cerca
se escucha bullicio
de gente que llega.

CAZ. (Dentro.)
¡Alerta, cazadores!
Las trompas suenan ya;
el rastro de la fiera
sigamos con afán.
¡Escuchad, escuchad!

GUIL. Es el marqués que al bosque
da una batida.

EST. Pues para despistarlos
venga bebía.
Tráete pa acá unos jarros.

GUIL. Voy al momento.

(Entra en su choza y vuelve á aparecer con un jarro, vasos y una guitarra.

EST. Sentarse, camaradas,
y no haya miedo.

CAZ. (Dentro.)
Veloz la jauría
cercó al jabalí;

sigamos sus huellas
que nuestro es al fin.

BAN. Vamos, Estebanillo,
echa un cantar.

EST. Pos escuchadme atentos,
porque allá va.

(Estebanillo canta, acompañándose con la guitarra.)

Un jembra cruzaba muy triste
la serranía;
una jembra que es gloria y encanto
de Andalucía.
Y entre suspiros
sus peniyas cantaba y decía:
busco á *Mi Niño*.
Si no quieres chiquilla graciosa
perder la calma,
á cruzar por la sierra no güervas
gachí del alma;
que en sus rincones
hay un *Niño* que roba
los corazones.
Yo la vide cruzar una tarde
con alegría,
y sus ojos hicieron dos cachos
el alma mía;
y entre suspiros
hasta el eco del monte decía:
busco á *Mi Niño*.
Si no quieres, chiquilla graciosa, etc.

CAZ (Muy lejos.)
Veloz la jauría
cercó al jabalí;
sigamos sus huellas
que nuestro es al fin.

Hablado

GUIL. (Que se habrá aproximado al segundo término derecha, volviendo junto á los bandidos.) Paece que se alejan.

EST. Mas vale así. A enemigo que huye, puente de plata.

GUIL. De seguro son cazaores del castillo. Sólo ellos conocen estos andurriales.

BAN. 1.º ¿Y no sabes, Estebanillo, por dónde anda el capitán?

EST. Desde hace dos días que nos separamos en la encrucijá y me dió orden de que le aguardáramos en este sitio, no he vuelto á verle.

BAN. 2.º Pos cuando *Mi Niño* se eclipsa, negocio seguro.

EST. Pué que sí, que á inteligencia y á orfato no hay quién le gane.

GUIL. ¡Es un mocito de valía! Y no lo digo porque sea mi ahijao.

BAN. 1.º Y con un corazón más grande que esa sierra' aparte de bueno y generoso.

BAN. 2.º Como que cualquiera de nosotros se dejaría espeazar por él.

BAN. 1.º Eso por sabío se calla.

EST. Yo no sé lo que le sucede, pues desde hace algún tiempo anda triste y apesadumbrao.

GUIL. Mal de amores, Estebanillo.

EST. ¿Sabes algo?

GUIL. Yo no; pero cuando un mozo tan alegre como Paquiyo sufre y pena, de quereres se trata; no lo dudéis.

EST. (Brindando.) Pos si es así, á la salú de nuestro capitán y porque venza á la que le da achares. (En este instante se oye un silbido lejano.)

BAN. 1.º ¡Silencio!

EST. Es el *Malasangre* que está apostao en el robledal. Conozco su silbío.

BAN. 1.º (Levantándose y mirando á la derecha.) Gente llega.

EST. Pos á beber y desimulo. Tú, Guillermo, á la ratonera.

GUIL. Yo no sé ni he visto ná. (Entra en la choza.)

ESCENA II

DICHOS, CAROLINA y GERVASIO. Los dos últimos aparecen por la derecha. Carolina viste de amazona y lleva una rosa en el pecho

GERV. (Aparte á Carolina y revelando un gran temor.) ¡En qué cueva nos hemos metío, señorita!

CAR. (Aparte á Gervasio.) Si temes, vete; no te necesito. (A los bandidos.) ¡Buenos días!

EST. Mu güenos. (Aparte.) ¡Hermosa jembra!

BAN. 1.º (A los demás.) ¡Vaya una mujer!

GERV. (Aparte.) ¡Qué caras! (A Carolina.) ¡Ay, mi ama! ¡Son caballistas, como si lo viera!

CAR. (A Gervasio.) ¡No seas cobarde!

GERV. (A Carolina.) No lo soy, pero me flaquean las piernas. (Los bandidos se hacen señas de robar á Carolina y á Gervasio. Algunos se ríen irónicamente de éste. Los bandidos 1.º y 2.º se aproximan á los nuevos personajes, mirándoles con curiosidad y cortándoles la retirada.)

CAR. (A los bandidos.) ¿Son ustedes colonos del condado?

EST. ¿Colonos? No, reina mía; somos libres como el aire, aunque esclavos de las niñas de gracia de esta tierra.

CAR. ¿Qué profesión tenéis?

EST. Trajinantes.

CAR. ¿Trajinantes en lo más hondo del bosque y fuera del camino?

EST. Trajinantes... de tóo lo que se presenta.

GERV. (Aparte.) ¡Quiera Dios que no trajinen con nosotros!

CAR. ¿Sabéis con quién estáis hablando?

EST. Con el mismísimo sol de Andalucía.

CAR. Sé más respetuoso y contesta: ¿Conoces á un cazador de esta comarca á quien llaman *Mi Niño?*

EST. (Aparte.) ¿Si será esta? (A Carolina.) No sé quién es.

CAR. ¿Y vosotros, le conocéis? (Los bandidos se encogen de hombros, como indicando que también lo ignoran.)

EST. No le conoce nadie.

CAR. En ese caso, quedad con Dios. (Al retirarse, los Bandidos 1.º y 2.º les impiden el paso.)

BAN. 1.º ¡Alto ahí!

CAR. ¿Qué es eso?

BAN. 2.º Que no se pasa.

GERV. (Aparte.) Va á empezar el trajín.

CAR. Vamos, Gervasio. (A los bandidos blandiendo la fusta.) ¡Paso!...

EST. No se surfure usté, paloma. ¿Va usté á dirse sin que la orsequiemos?

GERV. ¡Cristo nos socorra!

EST. (Ofreciendo á Carolina un vaso de vino) Moje usté siquiera su piquiyo en este cali, pa que lo conservemos después como una joya.

CAR. (Dando con la fusta al vaso que le ofrece Estebanillo y arrojándoselo al suelo.) ¡Atrás!

EST. (Con ira reconcentrada.) ¡Ninguno hasta ahora me hizo tal ultraje! ¡Basta ya de miramientos! ¡Muchachos, al palomar con ellos! (Los bandidos se dirigen á Carolina y Gervasio, pretendiendo sujetarlos.)

CAR. (Retrocediendo.) ¿Cómo? ¿Se atreverán ustedes ..?

GERV. (Cayendo de rodillas.) ¡Padre nuestro que estás en los cielos!...

BAN. 1.º ¿Atamos al viejo?

EST. No, taparle la boca para que no chille.

GERV. Santificado sea el tu nombre. (Con exageración cómica.)

ESCENA III

DICHOS y MI NIÑO. Este aparece á caballo por el último término de la izquierda. Lleva el trabuco debajo del brazo y al cinto canana y pistoletes. Si la actriz que desempeñe este papel quiere prescindir del caballo, puede hacerlo

NIÑO ¡Quieto tóo el mundo!

EST. (Aparte) ¡Mi Niño!

NIÑO ¡Al que se mueva le enciendo el pelo!

CAR. (Con alegría.) ¡El!...

NIÑO ¡La condesa! (Descubriéndose respetuosamente.)

GERV. ¡Este me gusta! (Aparte. Dos Bandidos se llevan el caballo.)

NIÑO ¿Qué pasa aquí? ¿Qué íbais á hacer?

EST. (Con temor) ¡Mi capitán!

NIÑO (Aparte á Estebanillo.) ¡Maldita sea tu lengua!

CAR. (Con asombro.) ¡Su capitán!...

GERV. (Aparte á Carolina.) ¡Huyamos, señorita, esta es la ocasión!

CAR. (A Gervasio.) ¡Espera!

NIÑO ¡Sois unos cobardes!

EST. (Como protestando.) ¡Paquiyo!

NIÑO Lo dicho, y tú el primero. Tóos contra una pobre mujer indefensa, como gusanos sobre una rosa.

CAR. Gracias; aunque os advierto que la rosa tiene espinas y tal vez se habría clavado alguna en el corazón del que hubiese intentado cortarla.

NIÑO Hay que besar la tierra que ella pisa. ¡Abajo el sombrero! ¡Descubríos tóos como yo! (Los Bandidos se descubren.)

GERV. (Aparte.) ¡Con qué gusto le daba un abrazo!

NIÑO Señá condesa, ya lo ve osté, son güenos en el fondo; perdónelos por su iznorancia.

CAR. (Irónicamente.) ¿Y á ti quién te perdona?

NIÑO ¿A mí?... ¿Pos en qué pude pecar?

CAR. Me digiste hace tiempo que tu única ocupación era la caza en las tierras del Condado Hace un momento, estas gentes aseguraron que no te conocían. Después ese hombre te ha llamado su capitán...

NIÑO Señá condesa...

CAR. ¿A qué fingir? Adivino los lazos que te unen á ellos. Tu eres un....

NIÑO (Con arrebato, interrumpiendo á la Condesa.) No; por la memoria de mi mare, no pronuncie osté esa palabra, porque viniendo de su boca sería mi sentencia de muerte. ¡Se lo juro! ¿Quié osté la prueba de que se engaña? Ahí la tiene. (Da á Carolina un papel que saca del cinto.)

CAR. ¿Y qué es esto?

NIÑO Lea osté.

CAR. (Leyendo.) «Cuartel general del ejército de »Andalucía. Concedo poder á Francisco Ju»rado, alias *Mi Niño*, para que con la guerri»lla á sus órdenes combata á las tropas fran»cesas en el territorio de mi mando. Por tan»to, ordeno á las autoridades... Castaños.»

BAN. 1.° (Al segundo.) ¡Cudiao que sabe er capitán!

EST. (Aparte.) ¿Será verdad lo que dice ese papel?

CAR. Creí otra cosa; lo reconozco. Perdóname...

NIÑO ¡Que la perdone! ¿Quié osté callarse? ¿Pero cómo la encuentro en este sitio?

CAR. Hemos salido de montería, y al pasar por

aquí, me dije: «Si veo al cazador voy á hacerle una súplica.»

NIÑO
Pos á la orden. (A su gente.) Aguardadme ahí dentro. Luego os hablaré de una cosa mu importante. (Los Bandidos entran en su choza.)

CAR.
(A Gervasio.) Vé á preparar los caballos, porque al instante hemos de irnos en busca de los nuestros.

GERV.
¡Aleluya! Aleluya! (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

CAROLINA y MI NIÑO. Este deja la carabina ó trabuco sobre la mesa

NIÑO
¿No le asusta esta guarida?

CAR.
Estando tú aquí á mi lado
sé que seré defendida,
porque aún no he olvidado
que te debo á tí la vida.

NIÑO
¿La vida á mí? No recuerdo
detalle de tanta gloria.

CAR.
Te creí con más memoria.

NIÑO
Pos de veras, no me acuerdo
ni conozco yo esa historia.

CAR.
¿No se acuerda el cazador,
ó el capitán?...

NIÑO
No, señora;
ninguno tiene el honor
de recordar á esta hora
haberle hecho á osté un favor.
Lo juro, á fe de *Mi Niño.*

CAR.
Pues si tienes á desdoro
haberme hecho un bien, deploro
lo que pagué con cariño,
no haber pagado con oro.

NIÑO
Señora, yo soy un bestia,
que á penas si sé explicarme...
Si yo quería ocultarme,
era sólo... (Con timidez.)

CAR.
¿Por modestia?

NIÑO
Sí; no me gusta alabarme.
Yo no gasto fantesía;

pero ¿cómo he de olvidar
aquel lance de aquel día?
¡Primero se olvidaría
de su movimiento el mar!
Se había usted apeao,
¡lo recuerdo poco bien!
del potro más regalao
de todos los que han pisao
la campiña de Bailén.
Estaba usted á la orilla
de ese florido riachuelo,
donde el sol reluce y brilla
con más fuerza que en el cielo
purísimo de Sevilla;
donde acuden las palomas,
después de andar por las lomas
buscando alivio á su sed;
donde la envidian á usted
las flores con sus aromas. (Pausa.)
Se había usted inclinao
y yo miraba extasiao
esa figura divina,
cuando ví que hacia su lao
corría una jabalina...
Aquella pieza de raza
me aterró con su gruñío...
Usted, que entiende de caza
sabe y conoce la traza
de un bicho de esos herío.
Me dió un vuelco el corazón
al ver que usted, asustada,
se quedaba sin acción
y que la fiera, embravada,
seguía en su dirección.
Preparé mi carabina,
y pensando en la divina
providencia, disparé...
lo demás lo sabe osté:
murió allí la jabalina.
Al rato había osté montao,
¡lo recuerdo poco bien!
en el potro más preciao
de todos los que han pisao
la campiña de Bailén.

CAR. No lo contara yo ahora
sin tu acierto.

NIÑO Calle osté,
que ná me debe, señora...
Cualquiera, en aquella hora,
hiciera lo que logré.
Mas tenga por advertío
que antes que la jabalina
rozara vuestro vestío,
de mis dientes habría huío
á falta de carabina.

CAR. Ya me dejaste probado
ser cazador excelente.

NIÑO ¿Ná más que eso he demostrado?

CAR. ¡Gran cazador!

NIÑO Lo he escuchado;
Pero...

CAR. (Con cariño.) ¡También exigente!

NIÑO Es que antes que cazaor
pudo llamarme mejor
un cazado allá en la orilla
donde el sol reluce y brilla
mucho menos que mi amor.
Un cazado en esas redes
que, como tela de araña,
saben preparar ustedes,
pa coger en sus paredes
al infeliz que se engaña...
Mas ya que no pude huir,
ni supe hallar la salía,
no vengas aquí, alma mía,
pa condenar á morir
al que le debes la vía.

Música

NIÑO Con fatigas de muerte
te quiero yo.

CAR. Por tí amante palpita
mi corazón.

NIÑO Desde el día dichoso
en que te ví,
llevo siempre tu imagen
dentro de mí.

CAR. Desde aquella mañana,
con loco afán,
persiguiendo mi alma
va un ideal.
NIÑO En el fondo de estos bosques
hace tiempo enmudeció
el cantar de mis cantares
que las frondas alegró.
Mas mi dicha á sus rincones
hoy los ecos llevarán
y las aves más risueñas
mi ventura envidiarán.
CAR. En la noche de mi vida,
en mis horas de dolor,
persiguiendo vaga sombra
suspiraba el corazón.
Mas la aurora, mi existencia
con su luz envuelve ya,
y mis sueños se cambiaron
en hermosa realidad.
NIÑO Para tí, gloria y nombre
conquistaré.
CAR. Con el alma, constante,
te seguiré.
NIÑO Tu recuerdo en la lucha
me animará.
CAR. Por tu vida mis rezos
se elevarán.
DUO Y siempre unidos
por el amor
será nuestra existencia
dulce ilusión.
NIÑO Alma de los amores
del alma mía,
amapola del campo
de Andalucía,
flor de romero,
si no quieres matarme,
dime «te quiero.»
CAR. Bailenero gallardo
de estas montañas,
más preciado que el oro
de sus entrañas;
¡mi bailenero!

demasiado conoces
que yo te quiero.

DUO
En calma
la vida
veremos
pasar.
amantes
soñando
tan bello
ideal.
Cruzando
del mundo
la senda
de amor,
el uno
del otro
seremos
los dos.

Hablado

NIÑO
Ya que he logrado con creces
lo que más ambicionaba,
quiero conocer ahora
el ruego de que me hablabas.

CAR.
Esta noche en el castillo
una fiesta se prepara
por ser hoy mi cumpleaños,
y espero de tí que vayas.

NIÑO
Ir yo al castillo? ¡Imposible!

CAR.
¿Imposible?.... ¿Por qué causa?

NIÑO
Porque no quiero encontrarme
allá arriba, cara á cara,
con uno cuantos intrusos
enemigos de mi patria...
¡Ver, además, al marqués
á quien odio con el alma!

CAR.
¿Te conoce?

NIÑO
Desde un día
que al castillo regresaba,
y yo le salí al camino
pa decirle que contara
conmigo y esos muchachos

contra las tropas de Francia,
que se alojan allá arriba.
Me escuchó, pero con rabia
levantó después la fusta
para cruzarme la cara.
¡Pude matarle allí mismo,
y no lo maté!...

CAR. Ignoraba...

NIÑO Por evitar que tu nombre
fuese unido al de un canalla
no lo hice polvo aquel día,
y eso... que sé que te ama.

CAR. Mi fortuna es lo que quiere.

NIÑO ¡Digno modo de buscarla!

CAR. Pero no habrá de obtenerla,
porque yo te doy palabra
de que nunca seré suya...
Otro hay más temible en casa.

NIÑO ¡Otro!... ¿Quién?...

CAR. El capitán
que el destacamento manda.

NIÑO ¿Ese francés maldecío
me busca también la cara?
¡Pues ya corre de mi cuenta!

CAR. Tú no te metas en nada,
y déjame á mí.

NIÑO ¿Qué dices?
¿Que te deje cuando tratan
de robarme tu cariño,
que es como robarme el alma?
Tú no sabes lo que piensas,
tú no sabes con quién hablas,
tú no sabes que te quiero
más que á la Virgen de Gracia,
tú ignoras que eres mi luna
en la noche de mis ansias,
y que eres mi sol de día
cuando cruzo estas montañas,
y por la tarde mi estrella,
y, cuando despunta el alba,
eres para mis amores
lucero de la mañana...
Si me pides que te deje
en la lucha abandonada...

ó no sabes lo que piensas,
ó no sabes con quién hablas.

CAR. Porque lo sé, yo no quiero
que tú te mezcles en nada.
Además, no nos conviene.

NIÑO Si no nos conviene... ¡basta!
Lo que yo quiero es que sepas
que mi cariño te guarda
contra todo el que ambicione
poner en tí la mirada,
pues no se han hecho las mieles
pa zánganos ni pa mandrias,
ni se han de mirar tus ojos
en más que en los de mi cara.

CAR. Ahora que estamos conformes,
me voy.

NIÑO ¿Tan pronto te marchas?

CAR. Temo que el marqués sospeche
por mi ausencia, que ya es larga.
Conque, adiós...

NIÑO ¿Y no me dejas,
en señal de esta jornada,
ni el más pequeño recuerdo
que engrandezca mi esperanza?

CAR. ¿Qué quieres?

NIÑO Para el que pide,
cualquier limosna es sagrada.

CAR. Toma esta flor. No es limosna
para quien supo ganarla.

NIÑO Yo te juro, Carolina,
que esta flor, fresca y lozana,
que tú dices que he ganado,
irá siempre en mi compaña,
hasta que llegue algún día
en que diga: «Toma, y gracias».

CAR. Tú ya tienes un recuerdo.
Ahora soy yo quien demanda.

NIÑO Tienes razón. Desde niño
llevo esta reliquia santa,
(Quitándose el medallón.)
que fué de mi podre madre...
¿Quién mejor puede guardarla?
(Se lo da.)

CAR. ¿Pero tu madre no vive?

NIÑO — Esa es mi mayor desgracia;
murió, según me ha contao
ese viejo que me ampara,
muy lejos, siendo yo niño.

CAR. — Pues yo llevaré esta alhaja
cual si fuera de mi madre,
y aquí, del cuello colgada,
sabrá esperar á esa rosa
cuando á devolverla vayas,
y entonces sabré decirte
también á tí: «Toma, y gracias».

NIÑO — Pues á la que así promete
respeto para esa alhaja,
que es respeto á la memoria
de mi madre venerada,
poco es de pie, de rodillas
se lo agradece mi alma.
(Se hinca de rodillas y besa la mano de Carolina.)

ESCENA V

DICHOS. FERNANDO por la derecha; calza botas de montar y lleva una fusta

FERN. — ¡Carolina!...

CAR. — (Aparte.) ¡Mi tutor!

NIÑO — ¡El marqués! No temas nada.

Música

NIÑO — ¡No me provoque!

FERN. — ¡Vete de aquí!

CAR. — ¡Qué contratiempo!

NIÑO — ¡Qué me he de ir!

CAR. — ¡Vete, Mi Niño,
por compasión!

NIÑO — A ella obedezco,
pero á usted no.

FERN. — Los villanos que se atreven
á faltar á su señor,
con su sangre pagar deben
su delito y su traición.

CAR. Este hombre no comprende
(Por Fernando.)
que la ira le cegó,
y se juega la existencia
provocando su furor.
NIÑO Por la ofensa que recibo,
empeñadas deja usted
ocho vidas que tuviera
con el niño de Bailén.
CAR. No te enfurezcas.
NIÑO No temás tú.
FERN. He de vengarme
de tu actitud.
NIÑO Por tí, alma mía,
no muere aquí.
CAR. Calma tus odios.
FERN. Me haces reir. (Por Mi Niño.)

TERCETO

CAROLINA

Dios quiera y la Virgen
sacarnos en paz
y que estos dos hombres
no vuelvan á hablar.
Pues si ambos se enredan
quien sufre soy yo,
por uno mi nombre,
por otro mi amor.

MI NIÑO

Porque ella no vea
la sangre brotar,
no pruebo ahora mismo
de qué soy capaz.
Del tronco de un árbol
le ahorcaba ahora yo,
sino peligrase
con ello mi amor.

FERNANDO

Con este bandido
tendré que luchar,
pues viene mis planes
á desbaratar.
La muerte ahora mismo
le diera aquí yo,
en justa venganza
de hacerla el amor.

Hablado

FERN. (A Carolina.)
¡Vámonos ya!
CAR. Vamos, tío.
FERN. Es un bribón, ya lo ves.
NIÑO (Con mucha calma.)
Presumo, señor marqués,
que usted no ma conosío.
FERN. Demasiado.
NIÑO Usted no advierte,
porque la ira le cegó,
que hace mu poco se vió
á dos deos de la muerte.
FERN. Quizás á traición y artero,
como haces con los soldados
que descienden confiados
á este bosque sin linderos.
¿Lo niegas, perro maldito?
NIÑO ¿Acaso he dicho que no?
Pos claro está que fuí yo
y este el cuerpo del delito.
(Por la carabina.)
A mi patria con engaño
y astucia, llegó el francés.
¿Si ahora le atajo, marqués,
qué encuentra en ello de extraño?
FERN. ¡Infame, ladrón, te juro!...
(Mi Niño coge rápidamente la carabina para disparar sobre el Marqués. La Condesa se interpone y cubre con su cuerpo á Fernando.)
CAR. ¡No... detente!...
NIÑO Si no es ná,
es que estaba amartillá
y la pongo en el seguro.
Y ahora, así, ya no hay cuidao.
Fíjese el señor marqués,
que la coloco al revés
y mirando pa ese lao.
(Por la choza.)
Porque como es española
y me tiene amor muy jondo,

si le ve á usté, no respondo
de que se dispare sola.

CAR. Vámonos ya.

FERN. (A Mi Niño.) ¡Te desprecio!

NIÑO Oiga usté, seña condesa,
antes le hice una promesa
y ahora caigo en que fuí un necio.
A la fiesta me invitó...

CAR. (Aparte.)
¿Qué intenta?

NIÑO Y yo me negué,
pero ahora juro que iré.

CAR. Pues ahora no quiero yo.

FERN. (A Carolina.)
¿Carolina, á esos extremos
llegaste?... ¡Pobre de tí!

CAR. (A Mi Niño.)
No vayas.

NIÑO (Con firmeza.) Dije que sí.

FERN. (A Mi Niño.)
Lo veremos.

NIÑO Lo veremos.

(Vanse el Marqués y Carolina por la derecha.)

ESCENA VI

MI NIÑO

(Mirando á los que se alejan.) Antes me amenazaste y ahora arrancas de mi lao á esa mujer, en cuyos ojos estaba yo bebiendo felicidad. Nadie se atrevió á provocarme que no se arrepintiera. Pero vamos al avío que el tiempo pasa. (Asomándose á la puerta de la choza.) ¡Estebanillo! ¡Estebanillo!

ESCENA VII

DICHO, ESTEBANILLO y BANDIDOS

EST. (Saliendo de la choza.) Aquí me tienes.

NIÑO Salid toos, que tengo que hablaros. (Salen los Bandidos.)

EST. Ya puedes desembuchar, *Mi Niño.*

NIÑO ¿No sabéis dónde estuve estos dos días que falté de vuestro lao?

EST. De fijo preparando algún golpe maestro, como toos los tuyos.

NIÑO Estuve... en el campamento español. (Manifestación de asombro en los Bandidos.)

EST. ¡Tú en el campamento!...

NIÑO Llegué y pedí que me recibiera el general. —¿Qué quieres?...—me dijo.—Mi general, yo tengo á mi vera unos cuantos chavales, hombres de corazón, y andamos remontaos por ciertas fartiyas que la gente de justicia se empeña en tomar á mal. Sabemos que prepara una mu gorda contra esos extranjeros y queremos pelear á vuestras órdenes. Luego, si vuecencia cree que merecemos ser indultaos de aquellas travesuriyas...

EST. ¡Bien por el capitán!...

NIÑO El general me estuvo mirando mu fijo.—¿Cómo te llamas?—me preguntó.—Francisco Jurado, alias *Mi Niño.*—¿No eres tú el que el otro día, con tu gente, peleaste desde la ventisquera contra el destacamento francés que iba al castillo de Monte Rojo?—Yo mismo, mi general.

EST. ¿Lo sabía?

NIÑO Como os lo cuento.—Acepto,—me dijo.—¿Dónde están tus hombres?—A dos leguas de aquí.—Pues vé por ellos y vuelve al instante, para darte instrucciones.—Ya iba á retirarme cuando me dijo, dice:—Aguarda, llevarás un salvoconducto para que cuando yo no necesite de tu servicios puedas maniobrar por tu cuenta.

EST. ¿Y ese era el papel que enseñaste á la condesa?

NIÑO Ese; y el que no esté conforme en seguirme, libre queda.

EST. Donde tú vayas, iremos toos.

BAN. 1.º Sin faltar uno.

NIÑO Pos entonces no hay tiempo que perder. A caballo y al campamento, que ya os sigo.

EST. ¿Pero no vienes con nosotros?

NIÑO Tengo que hablar con Guillermo, pa enterarlo; pues al fin y al cabo, sabéis que ma servío de padre; pero os alcanzaré antes que lleguéis.

EST. Está bien. (A ellos) Vamos, muchachos.

NIÑO Oye, Estebanillo. (Le lleva aparte.) He jurao que esta noche me presentaré en el castillo pa saludar á la condesa.

EST. ¿Y si te echan mano allá arriba?

NIÑO No temas por eso. Además, no hay más remedio. Es una cuestión de vergüenza. Se lo he jurao al marqués delante de su sobrina, y yo no paso por cobarde, aunque me cueste el pellejo.

EST. ¿Y qué quieres de mí?

NIÑO Que te presentes en mi nombre al general Castaños y le digas... cualquier cosa... que yo iré... luego.

EST. Pos á la orden.

NIÑO (Acercándose al grupo.) ¡Conque... caballeros, de naja! (Vanse Estebanillo y Bandidos por el último término izquierda.)

ESCENA VIII

MI NIÑO y GUILLERMO

NIÑO (Acercándose á la puerta.) ¡Padre!...

GUIL. (Saliendo.) ¡Dichosos los ojos que te ven, *Mi Niño*!

NIÑO Para verle á usté he venío.

GUIL. ¿Hay algo nuevo?

NIÑO Mucho... En primer lugar, que mañana me voy al campamento del general Castaños.

GUIL. ¿A pedir el indulto?

NIÑO A ganármelo peleando contra el enemigo. Quiero ser hombre de bien. Mi vía ha cambiao desde hoy.

GUIL. ¿Cómo es eso?

NIÑO La condesa ha estao aquí.

GUIL. Ya me pareció que tenías cara de contento.

NIÑO Como los propios ángeles.

GUIL. Pos no te consientas, muchacho, porque esa mujer no pué ser tuya.

NIÑO ¿Que no pué ser mía?

GUIL. Por lo menos mientras viva el marqués. Juye de ese hombre, *Mi Niño*.

NIÑO ¿Que juya?... Al contrario, para estar más cerca de él esta noche iré á verle allá arriba.

GUIL. ¿Has perdío el sentío? (En este momento aparecen por la derecha Fernando, el capitan Dupont y algunos soldados franceses. Estos últimos cortan la retirada á Mi Niño.)

ESCENA IX

DICHOS, FERNANDO, CAPITÁN DUPONT y Soldados franceses

FERN. (Señalando á Mi Niño.) ¡Aquí está, capitán, la fiera de que os hablé!

NIÑO (Echando mano á los pistoletes.) ¡Ah!...

CAP. ¡Quieto ó mueres!... ¡Sujetadle! (Dos Soldados se arrojan sobre Mi Niño y le detienen por los brazos.)

NIÑO (Al Marqués, con tono amenazador.) ¡Traidor... me has vendío!

GUIL. ¡Ya se arrepentirá!

NIÑO Le juré que esta noche nos veríamos allá arriba; pensaba ir solo y usté me da escolta... Le pagaré este servicio en cuanto pueda.

CAP. (Al marqués.) ¿Vamos, señor marqués?

FERN. Vamos, señor Dupont. (Salen por la derecha.)

GUIL. A la fuerza me lo quitan,
por maña me lo darán;
vaya usté con Dios, marqués,
veremos quién puede más.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Selva corta

ESCENA X

ALDEANAS; después GERVASIO. Las primeras salen en animado grupo, por la izquierda, con ramos de flores

Música

CORO
Marchemos al castillo,
que en él hay fiesta
y estamos invitadas
por la condesa;
con flores perfumadas
la obsequiaremos,
en prueba del cariño
que la tenemos.
Los viles extranjeros
en este día,
ahogaron en las almas
nuestra alegría,
pues ellos ahuyentaron
de los hogares
los mozos más valientes
de estos lugares,
que al grito de la patria
todos se fueron,
y hoy vengan los ultrajes
del extranjero
Tan sólo por la hermosa,
gentil condesa,
daremos al olvido
nuestra tristeza.
Mirad al mayordomo
que hacia aquí viene.
¡Eh!,.. ¡Gervasio!... ¡Gervasio! ..
(Llamándole.)
¿Qué le sucede?

GERV. (Por la derecha muy agitado.)
¡Salud, amigas mías!
Vengo temblando.
CORO Sepamos lo que pasa.
GERV. Pues acercaos.
(El Coro se agrupa á su alrededor.)
Prisionero en el castillo
queda el «Niño de Bailén»,
y encontrarme en su pellejo
no quisiera, por mi fe,
que mañana, al ser de día,
según dijo el capitán,
á ese mozo, *pasaporte*,
de seguro le darán.
No sé qué me pasa,
ni escucho ni veo,
y estoy todo el día
de aquí para allá.
Tan triste suceso
me roba la calma,
pues yo soy, amigas,
un hombre de paz.
CORO ¡Pobre Gervasio,
qué triste está!
Busca y no encuentra
tranquilidad.
Falta le hace
mucho valor.
¡Qué miedo tiene!
¡Qué desazón!
GERV. La condesa sufre y llora
y no sabe qué ha de hacer
por librar al desdichado
de las garras del francés.
Pero yo, que tengo *pesqui*,
aunque no tengo valor,
os prometo de ese Niño
encontrar la salvación.
Por eso me agito
sin tregua y descanso,
del valle á la sierra,
de allá para aquí.
Que yo he de salvarle,
es cosa sabida,

mas ¿cómo? pregunta
mi pobre magín.

CORO
¡Pobre Gervasio,
qué triste está!
Busca y no encuentra
tranquilidad.
Falta le hace
mucho valor.
¡Qué miedo tiene!
¡Qué desazón!

Hablado

GERV. ¡Valor! Eso se dice fácilmente. Pero aunque lo tuviera ¿qué podría yo contra esa nube de gabachos, que hoy campa por sus respetos allá arriba?

ALD. 1.ª ¡Pobre Paquiyo!...

GERV. Bien podéis compadecerle, porque al rayar el día... ¡Rip!

ALD. 1.ª ¿Qué es eso de Rip?

GERV. *Recuescat* (Haciendo la señal de la cruz.)

ALD. 2.ª ¿Y el Marqués consiente?...

GERV. Ya conocéis su caracter atrabiliario y dañino. Odia al preso, porque sabe que su sobrina le proteje. Los celos le atormentan...

ALD. 1.ª ¿Los celos?

GERV. El tutor ha tiempo que la persigue, con pretensiones de matrimonio.

ALD. 2.ª ¡Miren el viejo!

GERV. ¡Eh! ¡poco á poco! Yo también lo soy... y tengo mi corazoncito... y el mejor día... ¡Vaya, diablillos, dejadme que no está el horno para bollos!

ALD. 1.ª ¿De modo que la fiesta que debía celebrarse hoy por el cumpleaños de la condesa?...

GERV. Se verificará. Mi ama quiso suspenderla pero el marqués le dijo en tono de capellán abecerrao: Ponte tus mejores galas. La presencia de nuestros huéspedes, lo exige. No me obligues á emplear la virulencia.

ALD. 1.ª ¡Ese hombre es un infame!

GERV. Muchacha, no andes con indirectas.

ALD. 2.ª Y un afrancesao.

GERV. Vamos al asunto. Poco he de poder, ó salvo á ese mozo.

ALD. 1.ª ¿Y cómo?

GERV. No lo sé aún, pero tengo mi plan. Veréis: hace una hora me ordenó la condesa que me acercara con sigilo á la reja de la prisión, que da á los jardines del castillo y procurase infundir ánimo á ese muchacho. Fingí cortar algunas flores en los arriates que hay junto al muro, mientras el centinela pasaba y repasaba ante mí, mirándome con desconfianza; así llegué hasta el pie mismo de la ventana. Aproveché el momento en que el soldado se alejaba y aproximando mi boca á los hierros:—¡Animo!—le dije— que hay quien vela por tí —Esperé. El franchute volvía. De pronto, el centinela se detuvo asombrado y me dijo, entre guau, guau... ¡Plás! que quería decir largo ó te rompo una costilla. El centinela siguió andando y poco después el prisionero cantaba la siguiente copla:

Si alguno que bien me quiera
oye mi triste canción,
vaya y dé mi despedía
á Guillermo el leñador.

ALD. 1.ª ¡Como que es su padre!

GERV. El extranjero, que no debe entender el español, pero que comprendió que aquel cantar era pa mí, lanzó una exclamación de rabia y si no digo: Pies ¿pa qué os quiero? ¡plás!... me gano una paliza... Conque... ya estáis enteradas. Ahora al castillo.. La condesa se alegrará de veros.

ALD. 1.ª Pues vamos allá. (Vase el Coro por la derecha.)

ESCENA XI

GERVASIO al Coro que se aleja

Envidio la alegría de estas gentes. Ea, Gervasio, vamos al bosque, aunque Dios sabe si el leñador estará en su choza. Alguien se acerca. (Mirando á la izquierda.) ¡Es él!

ESCENA XII

DICHO y GUILLERMO

GUIL. ¡Hola, Gervasio!
GERV. Hola, amigo.
¿A dónde va usté, Guillermo?
GUIL. Pues que sentí bulla y voces
y vine á ver qué era ello.
¿Y usté á dónde caminaba?
GERV. Á ver á usté.
GUIL. ¿Y en qué puedo
servirle?
GERV. Tal vez no ignore
que hace mu poco fué preso
en el bosque...
GUIL. Ya lo sé;
de modo que si el ojeto
por lo que usté me buscaba...
GERV. Es que hay mucho más, Guillermo
pues mañana al ser de día,
si no hace un milagro el cielo,
junto al foso del castillo
nos lo fusilan.
GUIL. Lo creo,
y es natural que lo hagan,
pues el cachorro hace tiempo
que les enseñó las uñas,
y ellos le cobraron miedo,
y la ocasión aprovechan
pa quitárselo de en medio.
GERV. Pues señor, me está usté hablando
y juro que no le entiendo.
GUIL. Pos no es ningún asertijo.
GERV. ¡Usté, su padre, cree bueno
el proceder de esa gente!
Hablemos claro, Guillermo,
usté de mí no se fía.
GUIL. ¿Y qué de extraño hay en ello?
¿No es usté de los que adulan
allá arriba, al extranjero,

que gracias á los traidores
vive feliz y contento?
(Con gran ironía.)
Está de fiesta el castillo;
hay que honrar á esos mostrencos,
y para que ná les falte
y se queden satisfechos,
les echan un chavaliyo,
como al tigre carnicero
se le arroja la tajá
que le sirve de alimento.

GERV. No es usté justo.

GUIL. Quisá,
pero digo lo que pienso.
¿No fué, acaso, don Fernando
quien lo delató?

GERV. ¡Guillermo!

GUIL. Y usté va á decirme ahora
cuál es más vil y rastrero,
si el francés, que al cabo lucha
cara á cara y cuerpo á cuerpo,
ó el español maldecío
que á traición hiere á su pueblo.
¿Quién fué el canalla mayor:
el Judas ó el fariseo?

GERV. En eso está usté en lo firme,
pero también es muy cierto
que allá arriba en el castillo
hay quien maldice en silencio
la presencia del tirano.

GUIL. ¡Qué quiere usté! No lo creo,
que los hombres de allá arriba,
según lo que yo voy viendo,
son gentes... del sexo fuerte,
con vistas... al otro sexo.

GERV. ¡Caracolillos, no tanto!

GUIL. Pos entonces, poco menos.

GERV. En fin, el tiempo transcurre
y es forzoso hallar un medio...

GUIL. Puede usté estar descansao;
¿no me vé usté á mí sereno?

GERV. La condesa estará ansiosa
aguardando mi regreso.
¿Qué la diré?

GUIL. ¡Esa gachí,
si que es un ángel del cielo!
Pos puede usté asegurarle
que tengo yo un amuleto
que ha de librar á *Mi Niño*
de prisiones y de jierros;
y que si así no sucede,
le juro, á fe de Guillermo,
que no quisiera encontrarme
del marqués en el pellejo.

GERV. ¿Qué es lo que intenta?

GUIL. ¿Quién sabe?

GERV. ¿Y no me dirá?...

GUIL. ¡Ni esto!
(Mordiéndose las uñas.)
Conque... ¡hala! que el tiempo pasa
y dicen que es oro el tiempo.

GERV. ¿Vendrá usté arriba?

GUIL. ¡Tal vez!

GERV. Pues hasta luego.

GUIL. Hasta luego..
Y mutis, señó Gervasio.

GERV. ¡Descuide, que soy un muerto!

(Salen. Guillermo por la izquierda y Gervasio por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Decoración á todo fondo. Gran salón del castillo. Al foro, rompimiento; más lejos, parques y jardines. Puertas á ambos costados del salón.

ESCENA XIII

Oficiales franceses y nobles de ambos sexos, pasean por el salón. Las ALDEANAS, por los jardines; éstas no deben tomar parte en el CORO hasta que se indique

Música

CORO

En estas fiestas
que da el marqués,
es admirable
la esplendidez.
¡Cuánta elegancia!
¡Qué distinción!
el tiempo en ellas
pasa veloz!
Desde que el alba
lanza su luz
á los espacios
del cielo azul
hasta que triste
se oculta el sol,
en torno reina
la distinción.

NIÑO (Dentro.)
¡Ah!... (Cantando.)

CORO
Esa es la voz del preso.
¡Callad!... ¡Callad!...
Su canción escuchemos,
que empieza ya.

NIÑO
Por una mujer quería
me veo en esta prisión;
las cadenas que me oprimen
bendicen mi corazón.

CORO Según dice la copla
fué una mujer
de sus males la causa,
¿quién puede ser?

NIÑO Los jierros que me separan
de la mujer que es mi bien,
pronto los destrozaría
si ella me dijera «ven.»

CORO Ya no hay duda ninguna,
fué una mujer
de sus males la causa,
¿quién podrá ser?
(El Coro se agrupa mirando á la derecha.)
La condesa ya viene.
¡qué bella está!
pero triste parece,
¿por qué será?
Sus mejillas de rosa,
su hermosa tez,
convirtió en azucenas
la palidez.

(Aparece por la derecha Carolina dando la mano en forma de minué al Capitán Dupont, y lo mismo el marqués con la Duquesa; Gervasio va detrás.)

ESCENA XIV

DICHOS, CAROLINA, DUQUESA, FERNANDO, CAPITÁN DUPONT y GERVASIO. (Todos en traje de gala.)

CORO ¡Salud á la condesa!
¡Salud marqués.

CAR. Con el alma agradezco
vuestro interés.

(El Coro forma en semicírculo á la izquierda, y la Condesa, acompañada de su tutor, va saludando á los invitados.)

CAP. ¡Sois muy bella! (A la Condesa.)

CAR. ¡Capitán!
(Saludando con un movimiento de cabeza.)

CAP. ¡Muy hermosa!

CAR. ¡Por favor!

CAP. Una estrella, que esparciendo
va su luz en derredor.

FERN. (Aparte.)
Este mozo, con su asedio,
mi paciencia acabará.
(A Carolina.)
Las mujeres del condado
hoy te quieren saludar.

CAR. Pues decid que las espero.
(A Gervasio que estará al foro.)

GERV. Está bien. ¡Pasad! ¡Pasad!
(Dirigiéndose á las Aldeanas.)

CORO Son las flores que ellas traen
menos lindas que su faz.

ALDEANAS A nuestra protectora,
al angel bienhechor,
que toda la comarca
bendice con amor,
en prueba de cariño,
respeto y sumisión,
humildes estas flores
le brinda el corazón.
(La Condesa se adelanta, llega junto á las Aldeanas y acepta los ramos, que Gervasio recoge y los retira por el foro.)

CAR. Tesoro inapreciable
que al alma hace feliz,
presente el más querido
es éste para mí.

CORO La orquesta ya preludia,
el baile va á empezar.

FERN. Duquesa... (Invitándola.)

CAP. Carolina... (Idem.)

FERN. (Al Coro.)
¡Señores, á bailar!
(Pavana. Mientras se baila hay el recitado siguiente.)

CAP. (A Carolina.)
¿Y por qué no me quereis?

CAR. Ya veis!

CAP. ¿Qué decís si insisto yo?

CAR. Que no.

CAP ¿Hay por medio algún truhán?

CAR. ¡Capitán!

FERN. (Aparte.)
Parece que ambos están
rebosando de alegría.

CAP. (A Carolina.)
¿No podrá ser otro día?

CAR. Ya veis que no, Capitán.
(Fernando muéstrase impaciente.)

DUQ. ¿Es que el baile os fatigó?

FERN. No.

CAP. Ved que pudiera ofenderme
tenerme,
la mujer que habla conmigo,
por amigo.
Y si el recelo que abrigo
es cierto...

CAR. ¿Qué sucediera?

CAP. Que alguno quizá sintiera
no tenerme por amigo.
(Después del baile Carolina pasea por el salón apoyada en el brazo del Capitán, la Duquesa con Fernando y las damas con los oficiales y demás invitados.)

Hablado

CAP. ¿De modo que nada debo esperar?

CAR. En ese sentido, nada. Como amigo, sí.

DUQ. (A Fernando.) Vea usted, marqués, qué pareja tan linda hacen su sobrina y el sobrino del general Dupont.

FERN. ¿Usted también, duquesa, se ha fijado en ellos?

DUQ. Ella es muy guapa y el Capitán Dupont muy gallardo.

CAP. (A Carolina.) ¿Y si dijese á usted que conozco á su rival?

CAR. Aquí no hay rivalidad. (Con desdén.)

CAP. ¿Y si digo que su vida está en mis manos?

CAR. Le salvaríais, sin duda.

CAP. Eso, nunca. Y sabiendo que usted le ama ¡menos! (Carolina suelta el brazo del Capitán.)

CAR. ¡Señor capitán, eso es una cobardía!

CAP. ¡Señora condesa!...

CAR. ¡Lo dicho! Sois un mal caballero. (El asombro

se pinta en todos los semblantes. Los invitados se agrupan alrededor de Carolina y el Capitán.)

FERN. ¿Qué es eso? ¿Qué ha obligado á la condesa á expresarse de ese modo? ¡Necesito una explicación!

CAP.. (Aparte á Fernando) Esto es que ha llegado la última hora de ese hombre. Luego, me pondré á la disposición de usted. (Hace una seña á los Oficiales franceses y sale con ellos por el foro.)

DUQ. ¿Qué ha pasado?

FERN. ¿Cuál ha sido la causa de tu indignación? ¡Contesta, Carolina!

CAR. Que ese hombre es un cobarde.

FERN. ¿Qué te dijo? Habla más claro.

ESCENA XV

DICHOS y GUILLERMO

GUIL. (Dentro.) ¡Dejadme pasar! ¡Dejadme!

FERN. (Dirigiéndose al foro.) ¿Qué voces son esas?

GERV. (Desde el foro.) Un campesino que se empeña en ver al señor.

CAR. ¡Es Guillermo! Dios me lo envía.

GUIL. ¡Paso! (Apartando violentamente á los criados.) ¡Al fin! (Penetrando en el salón.)

FERN. ¿Con qué permiso te atreves á entrar aquí? (A Gervasio.) ¡Arrojadle!

CAR. (Avanzando resueltamente y colocándose entre Guillermo y Fernando.) ¡Nadie se acerque! Hable usted.

FERN. ¡Carolina!

GUIL. Vengo á pedir al señor marqués la libertad de ese chaval á quien mandó prender esta mañana.

FERN. (A Guillermo.) No puedo concederla.

GUIL. ¡Ya lo creo que puede! ¡Y me la concederá!

FERN. ¿De qué modo?

GUIL. Relatando una historia tan peregrina,
que quizá su memoria ya no adivina.

FERN. ¡Basta ya de insolencia!

GUIL. No es más que un cuento;
Tenga el señor paciencia y escuche atento.

¡Es historia de amores la historia mía,
más llena de dolores, que de alegría,
y al asunto me ciño, porque interesa;
personajes: un niño y una marquesa!
Los primeros amores de la señora,
fueron fruto sin flores, sol sin aurora,
ó diré sin aliño, y así no hay duda
que al nacer aquel niño, ya era viuda.
Y pasó así dos años, libre de dueño
y á cubierto de engaños con su pequeño,
hasta que un día,
el demonio maldito que la seguia,
fingiendo amarla,
con astucia y falsía logró engañarla.
(Pausa.)
¡No sé el lobo qué haría con la cordera!
Lo que sí sé es que á poco de que á él se
[uniera,
la marquesa moría ¡pobre señora!
de un mal, que todavía la gente ignora.
Al morir su excelencia quedaba al niño
un caudal por herencia, nada en cariño;
y como aquel canalla no conociese
ni dique, ni muralla que no venciese,
codiciando ser rico pensó en el modo
de arrojar de allí al chico y heredar todo.
¿Cómo logró su intento? ¡Hay quien lo sabe!
Pero vamos al cuento y á lo más grave.
Un antiguo criado del libertino,
fué elegido y pagado como asesino,
y una noche, muy tarde, lluviosa y fría,
ordenó aquel cobarde su villanía,
sin pensar el menguado que infiel le fuera
el antiguo criado que él escogiera,
pues en vez de mancharse con el delito,
prefirió presentarse donde yo habito...
Una choza compuesta de cuatro cañas,
donde nunca hubo fiesta, pero hubo entrañas
pa coger aquel niño desamparao
en quien tó mi cariño tengo cifrao.

CAR. ¿Y ese niño?

GUIL. Es el preso de esta mañana.
Y si yo me intereso con tanta gana
es porque es un trocico del alma mía...

Lo crié desde chico y es mi alegría,
mi consuelo, mi amparo, mi luz, mi guía,
mi sostén y mi faro, mi sol, mi día.

FERN. (Aparte.) ¡Sabe mi secreto!

GUIL. (A Fernando.) O le salva usté ó termino la historia.

CAR. (Aparte.) ¡Qué ansiedad más horrible!

FERN. Veo que este pobre viejo habla con sinceridad.

DUQ. Eso creo yo también.

FERN. Confieso mi error y ahora mismo voy á decirle al Capitán Dupont que me he equivocado.

GERV. Ya apareció el amuleto. (Con exageración cómica.)

CAR. ¿Te convences, tío?

GERV. ¡Tío y más que tío!

FERN. Sin duda alguna. Le delaté como asesino de los soldados franceses que se perdieron en el bosque, y no hay más pruebas contra él que mi palabra. Un noble no puede ser asesino, y no siéndolo no debe ser fusilado.

GUIL. Pues no hay que perder el tiempo. (Rumores. Toque de corneta en cajas.)

CAR. (Con emoción.) ¿Qué rumores son esos?

GUIL. ¿Qué toque es ese?

GERV. Son los soldados franceses conduciendo al preso.

CAR. ¡Eso es imposible! Habéis prometido salvarle.

DUQ. ¡Por Dios, marqués!

GUIL. (A Fernando.) Pronto ó hablo.

FERN. ¡Sí!... ¡Sí!... Lo salvaré. (Corre hacia el foro.) ¡Capitán! ¡Capitán!.. ¡Deteneos!... (Vase por el foro.)

GERV. (Siguiendo á Fernando y con exageración cómica.) ¡Deteneos, deteneos, capitán!

GUIL. Ya dije á usté con Gervasio que tenía yo un talismán para salvar á *Mi Niño*.

CAR. Sin embargo, yo no estoy tranquila.

GUIL. Yo sí, porque si me engaña, pierde más.

CAR. ¿Cómo?

GUIL. Ya es necesario hablar claro. (A Carolina.) La marquesa de mi historia era vuestra tía.

DUQ. ¡La marquesa de Villaflor!

GUIL. La misma.

CAR ¡Es mi primo! (Con asombro y alegría.)

GUIL. Esa alhaja os lo dirá.

CAR. ¡El medallón de su madre!

GUIL. Me lo entregó el propio criado momentos antes de morir, confesándome el secreto.

GERV. (Aparte.) ¡Caracoles con la nobleza!

CAR. ¿Entonces, mi tío?...

GUIL. Es el traidor de mi cuento. (Se oye una descarga.)

CAR. ¡Dios mío! (Asustada.)

GUIL. ¡Perro... ladrón... asesino!...

DUQ. (Deteniendo á Carolina, que lanza un grito y corre hacia el foro.) ¿A dónde vas?

CAR. (Desprendiéndose de los brazos de la Duquesa.) ¡A unirme con él! (Corre hacia el foro, y al llegar, cae en los brazos de Mi Niño.)

ESCENA XVI

DICHOS. Aparece por el foro MI NIÑO en primer término. para dar ocasión al final de la escena anterior. ESTEBANILLO, Bandidos, Soldados españoles y Aldeanos

NIÑO ¡Alma mía!

CAR. ¡Paquillo!

GUIL. ¿Y á mí no me das un abrazo?

NIÑO (Abrazando á Guillermo.) Bien te lo mereces... ¿Y el marqués?

GUIL. El marqués, eres tú.

NIÑO ¿Yo?...

GUIL. El otro habrá huido con los franceses, para burlar la ley de la patria, ya que no puede burlar la ley de Dios.

CAR. ¡Me quedo sola, pero lo prefiero!

DUQ. Sola no, hija mía, ¿no te sirvo yo de nada?

NIÑO ¿Pero que historia es esa?

GUIL. Ya lo sabrás. Lo principal es que te hayas salvado.

CAR. Sí, sí, cuéntanos cómo fué.

NIÑO Apenas lo sé yo todavía.

EST. Pues ná.. Como Castaños ha triunfado hoy

en Bailén y yo sabía que mi capitán venía aquí esta noche, aprovechando la alegría del General, le pedí permiso para venir con los guerrilleros y arrasar el castillo, en el caso de que hubiera ocurrío algo á *Mi Niño*. Al llegar, nos encontramos el destacamento francés disponiéndose, nada menos, que á fusilar á Paquiyo. Una descarga nuestra, bastó pa que huyeran... Lo demás ya lo saben ustedes. ¡Aquí está, sano y salvo, nuestro capitán! Es decir, el señor marqués. (Durante este parlamento, Gervasio abraza cómicamente á Estebanillo varias veces, á juicio del actor.)

GUIL. Mu bien, Estebanillo, eres un hombre.

GERV. ¿Conque es verdad que ha ganao el general Castaños?

EST. No sólo ha ganao, sino que ha cogío prisionero al general Dupont, con los quince mil hombres que mandaba.

CAR. ¡Buena victoria!

NIÑO Mejor ha sido la mía.

CAR. ¡Cuál!

NIÑO ¿Y tú me lo preguntas? ¡Ganarte á tí! ¿Te parece poco triunfo?

GERV. ¡Viva el Marqués de Villaflor!

NIÑO No. ¡Viva el general Castaños!

FIN DE LA OBRA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.